

He dicho en páginas anteriores que al principio de Enero habia ido con sus empleados y la archiduquesa á Viena, con objeto de arreglar sus intereses y asuntos particulares de familia, llevando en su compañía á D. Francisco de Paula de Arrangoiz, á fin de que pudiese contestar á las preguntas que sobre asuntos de Méjico pudiera hacerle su hermano el emperador de Austria. Pues bien, terminado ese asunto, y habiendo dicho al expresado Sr. Arrangoiz «que estaba todo arreglado y listo él para cuando llegase la diputacion,» regresaron á Miramar. Llegado el mes de Febrero, volvió el archiduque, á mediados de él, á Viena, llevando en su compañía á D. Francisco de Paula de Arrangoiz. Al dia siguiente de haber llegado, envió á este último con pliegos á París, y dispuso que para el 17 ó bien el 18 de aquel mismo mes se reunieran con él, en Bruselas, el coronel D. Francisco Fácio, que habia sido cónsul general en Hamburgo y agente de hacienda en Lóndres, D. Joaquin Velazquez de Leon, ex-ministro de Fomento, D. Tomás Murphy y D. Francisco de Paula de Arrangoiz, debiendo quedar D. José Hidalgo en París, para que continuase siendo el conducto de comunicacion con el gabinete francés. (1) Reunidos, con efecto en Bruselas como lo habia dispuesto el archiduque Maximiliano, llegó este el 22 del mismo mes de Febrero, y formó con ellos una especie de consejo de ministros como el que vimos que habia formado antes en Miramar, donde se trataron puntos de los mas interesantes y de suma utilidad.

(1) Así lo dice el mismo Sr. Arrangoiz en su «Relacion de los principales acontecimientos políticos.»

Estando ocupándose de los asuntos que le importaba conocer relativos al país que le llamaba para que rigiera sus destinos, llegó á saber el resultado del plebiscito por las actas levantadas por los pueblos que el presidente de la diputacion mejicana le envió originales. El último cajon que recibió, y en el cual se hallaban las actas que le daban una inmensa mayoría, lo recibió pocos dias despues de hallarse en Bruselas.

1864.

Marzo.

Como era preciso pasar á la corte de Francia para arreglar varios asuntos importantes antes de embarcarse para Méjico, algunos de los mejicanos de los que habian ido á Bruselas por disposicion de Maximiliano, aconsejaron á éste que no marchase á París hasta no haber quedado resueltos algunos puntos, entre ellos el de mandos militares, en que el gabinete de las Tullerías pretendia que un oficial francés tuviera el mando sobre un mejicano, aun cuando este fuera de mayor graduacion que aquel. El que mas empeño manifestó en que el archiduque Maximiliano no fuese á París hasta que no estuviese arreglada la expresada cuestion de mandos militares, así como otras que se juzgaban de bastante importancia, fué D. Francisco de Paula de Arrangoiz. Conveniente hubiera sido obrar de esa manera; pero no fué posible. El gobierno francés instaba porque verificase pronto su marcha á la capital de Francia, y no queriendo Maximiliano que su detencion pudiera creerse nacida de una ofensiva desconfianza, dispuso salir de Bruselas para París el dia 5 de Marzo. Arreglada la marcha, le precedieron en ella los mejicanos que estaban en su compañía, á quienes ordenó que no saliesen á recibirle á la estacion

cuando él llegase, pues deseaba conservar el incógnito. Pocas horas despues, á las nueve de la mañana del mismo dia 5, salió él de Bruselas con la archiduquesa Carlota y su comitiva, y llegó á París á las tres de la tarde. Los viajeros fueron recibidos en la estacion por la princesa de Metternich, la baronesa de Beyens y el ayudante de campo y los chambelanes que el emperador Napoleon habia destinado á sus personas durante su permanencia en la corte de Francia. El príncipe de Metternich, embajador de Austria, y el baron de Beyens, ministro plenipotenciario de Bélgica, habian ido hasta Creil, al encuentro de los egregios viajeros.

Despues de haber hablado algunos instantes el archiduque y su esposa con las personas que les habian recibido en la estacion, subieron á una lujosa carroza de la casa imperial, enviada por Napoleon III. Maximiliano y Carlota ocuparon el asiento principal, y en el del frente se colocaron el príncipe de Metternich y el baron de Beyens. En los otros coches de la corte se colocaron las demás personas; y enseguida se dirigieron á las Tullerías por la calle de Lafayette y los *boulevards*, marchando por delante el carruaje en que iban el archiduque y su consorte.

Al llegar al pabellon del Reloj, en las Tullerías, los egregios cónyuges fueron recibidos al bajar del coche, por el general Rollin, mayordomo de palacio, el general Fleury, primer ayudante de campo de Napoleon, y de todos los oficiales de servicio de la casa imperial.

El monarca francés fué al encuentro de sus augustos huéspedes hasta el sexto escalon de la escalera, donde se detuvo para abrazar al futuro emperador de Méjico y es-

trechar afectuosamente la mano de la princesa Carlota, á quien ofreció el brazo para subir á la habitacion de la emperatriz Eugenia. Esta, por su parte, salió á recibir á la archiduquesa, abrazándola cordialmente al acercarse á ella.

1864.

Marzo.

La recepcion hecha por el monarca francés al archiduque y la archiduquesa, fué brillante. Para obsequiarles se dieron tres tertulias en las Tullerías, á que asistió lo mas granado de la corte. Por su parte el futuro emperador de Méjico y su esposa, recibieron, dos noches, en la casa del príncipe de Metternich, embajador de Austria, la primera á los mejicanos que ya le habian sido presentados en Miramar y á quienes la archiduquesa Carlota les llamaba *los amigos viejos*, y en la segunda á todos los mejicanos que quisieron presentarse, sin excepcion alguna. Entre los que le fueron presentados en esta última, se encontraba el general D. José María Gonzalez de Mendoza, hecho prisionero en Puebla y que durante el sitio desempeñó el cargo de cuartel-maestre.

Puede decirse que, con alguna rara excepcion, estas fueron las únicas veces que Maximiliano vió á los mejicanos durante los dias que estuvo en París. Parece que hubo estudio particular de parte del gabinete de las Tullerías en evitar que les tuviese á su lado, especialmente á los cinco ó seis que mas íntimamente habia tratado, consultando con ellos, así en Miramar como en Bruselas, las materias mas importantes relativas á Méjico. La mira que en eso llevaba el gobierno de Napoleon era la de que no pudiese pedirles su oposicion respecto á algunos puntos del tratado que debia celebrarse, y sobre algunos de los

cuales temia que llegase á vacilar si escuchaba los consejos de ellos, especialmente en la parte referente á la cuestion religiosa. El archiduque Maximiliano encontrando aceptable el plan político que se le proponia, se manifestó dispuesto á admitirlo, sin ver que en algunos puntos, y muy especialmente en el concerniente á los bienes de la iglesia, era opuesto á las ideas de los conservadores.

Arreglados los puntos que mas graves dificultades ofrecian, el futuro emperador de Méjico y su egregia esposa, despues de despedirse de Napoleon III y de la emperatriz Eugenia, salieron del palacio de las Tullerías á las siete de la tarde del 12 de Marzo para Lóndres, debiendo embarcarse en Calais. Con ellos salieron para acompañarles hasta este último puerto de Francia, el almirante Jurien de la Graviere y Mr. de Grammon, caballero del emperador de Francia. El archiduque Maximiliano llevó en su compañía á D. Francisco de Paula de Arrangoiz, pues deseaba que tuviese en Lóndres otra entrevista con lord Palmerston.

En la mañana del 13 de Marzo llegó el futuro emperador de Méjico á Lóndres; y el 14 tuvo una conferencia D. Francisco de Paula de Arrangoiz con el jefe del gabinete inglés lord Palmerston, cuyo resultado no fué mas satisfactorio que el que tuvo la primera. En ese mismo dia 14 fueron Maximiliano y Carlota á Claremont, á despedirse de la reina Amalia, abuela de la archiduquesa, y del rey Leopoldo, cuyos consejos habian decidido al archiduque á aceptar el trono de Méjico. La entrevista con la reina Amalia fué poco satisfactoria, pues hasta el último momento se manifestó opuesta aquella señora á la

aceptacion de la corona por el esposo de su hermosa nieta.

1864.

Marzo.

El 15 de Marzo se hallaban el archiduque y Carlota nuevamente en Bruselas, de vuelta de Lóndres. Pocos dias despues, el 20 del mismo mes llegaron á Viena, «donde estaban rodeados,» dice una carta, «de toda la grandeza, el prestigio y respeto imaginables.» La diputacion mejicana que habiendo recibido nuevas y numerosas actas y que llevaba el resultado del plebiscito para ponerlo en conocimiento de Maximiliano, llegó tambien á Viena, sin saber que se hallasen allí el archiduque y su esposa, á quienes suponian en Miramar, para donde se dirigia.

El futuro emperador de Méjico al saber la llegada de los comisionados, les envió una orden para que el 23 se pusieran en camino para Trieste; pero antes de la hora señalada para la salida, se les hizo saber que se diferia el viaje para el siguiente dia. Llegado este, la diputacion mejicana y otros varios individuos, tambien mejicanos, entre los cuales se hallaban el padre Montes de Oca y Don Francisco de Paula de Arrangoiz, que habia ido á París pocos dias antes y que volvia para Trieste á instancias del archiduque Maximiliano. En la estacion encontraron á los individuos de la casa de los archiduques, á quienes estaban esperando. El tren entre tanto partió el Jueves Santo, á las cuatro de la tarde, con la diputacion mejicana y los mejicanos que se habian reunido con ella; pero á corta distancia de Viena se detuvo para esperar á Maximiliano y su esposa que llegaban en un coche particular, sin que les acompañase ninguna persona de la corte. Esto llamó

la atención de los mejicanos, pues conjeturaron que era cierto lo que ya en Viena se había llegado á traslucir, esto es, que se habían suscitado serios disgustos entre el archiduque y su hermano el emperador de Austria, por motivo del arreglo de intereses.

Habiendo ocupado el archiduque y su consorte Carlota el coche principal en el tren, continuó este su marcha para Trieste, á donde llegó la comision mejicana el Viernes Santo, 25 de Marzo, á las siete de la mañana, despues de haber dejado en Miramar á los egregios cónyuges.

Los individuos que formaban la diputacion mejicana, así como los demás de la misma nacionalidad, se alojaron en la fondá llamada *Hotel de la Ville*, donde estaban perfectamente asistidos por cuenta del futuro emperador de Méjico. Se creía que la ceremonia de la aceptacion de la corona se verificaria dos dias despues, el 27 de Marzo, Domingo de Resurreccion; pero no llegó á verificarse en esa fecha por no haberse arreglado aun el asunto de la renuncia á los derechos eventuales del trono de Austria.

El archiduque Maximiliano envió un recado el expresado dia 27 á Don José María Gutierrez de Estrada, como presidente de la diputacion mejicana, á Don Joaquin Velazquez de Leon, designado para ministro de Estado, y á Don José Hidalgo que debía quedar de representante del nuevo imperio mejicano cerca de la córte de Francia, diciéndoles que pasasen á verle á Miramar. Cuando llegaron, encontraron al archiduque paseándose, con marcadas señales de agitacion, llorosa á la archiduquesa Carlota, y con semblantes tristes á tres de los personajes de mas confianza que tenia el futuro emperador de Méjico, que eran

el baron de Pont, Schertzenlechner y Herzfeld. El primero de estos individuos había sido llamado por Maximiliano, segun asegura Don Francisco de Paula de Arrangoiz en

1864.

Marzo.

su obra sobre los principales acontecimientos políticos, «desde que empezó á tratarse de la corona de Méjico; era su secretario confidencial, y parecia dirigir en todo al Archiduque: empleado en la carrera diplomática, ocupaba un puesto elevado en el ministerio de negocios extranjeros, cuando, autorizado por el emperador de Austria, fué á ser secretario de Maximiliano.» Hablando de Scherzenlechner, dice que era húngaro, consejero íntimo del archiduque, que llevaba muchos años de estar en su compañía; y que Herzfeld era un capitán de fragata, muy protegido de Maximiliano, «encargado de escribir en los periódicos de Viena, para replicar á los argumentos de los que eran enemigos de los proyectos de monarquía en Méjico, con el archiduque por soberano.»

El sombrío cuadro con que se encontraron el presidente de la comision mejicana y sus dos compañeros al presentarse en la estancia en que se hallaban los egregios cónyuges y los tres personajes referidos, les afectó profundamente. La causa que había producido la escena muda, pero nada lisonjera que veían, fué producida por un documento enviado por la corte de Viena á Maximiliano, que era el acta de renuncia á los derechos eventuales á la corona de Austria, pero que no estaba concebida en los términos que juzgaba dignos y convenientes el futuro emperador de Méjico. El capitán de fragata Herzfeld, leyó, en francés, la referida acta, con cuyos artículos no estaba conforme Maximiliano, asegurando que le había sor-

prendido, porque nada llegó á saber antes, y terminando por manifestar que tenia intencion de suspender la aceptacion y marchar al siguiente dia á Roma en la fragata *Novara*. Don José Hidalgo suplicó entonces al archiduque que se dignase suspender su resolucion por espacio de veinticuatro horas y que le autorizase para enviar un telégrama á París, poniendo en conocimiento del emperador Napoleon lo que sucedia. Todos apoyaron la idea de Don José Hidalgo, y Maximiliano la aceptó juzgándola justa. La contestacion de la corte de las Tullerías al telégrama enviado por Hidalgo no se hizo esperar, y, en consecuencia de ella, el archiduque suspendió sus preparativos de viaje á Roma. El monarca francés envió inmediatamente al general Frossard al palacio de Miramar, mientras él negociaba en París con el príncipe Metternich, embajador de Austria. Tambien la corte de Viena envió, por su parte, al archiduque Leopoldo, primo del emperador de Austria, al Baron de Lichtenfeld, presidente del Consejo de Estado, al sub-secretario de negocios extranjeros, baron Meysemburg y á otros notables personajes, con el objeto de arreglar satisfactoriamente la cuestion. El archiduque Maximiliano, aunque anhelaba terminar aquel asunto, no pudo ponerse de acuerdo con los enviados por su hermano el emperador, y se resolvió que la archiduquesa Carlota fuese á Viena, acompañada de D. José Hidalgo, para conferenciar con el emperador Francisco José, y el segundo continuara informando al gabinete de las Tullerías de lo que se acordara en las conferencias. Estas duraron mas de ocho dias, sin que nada se resolviese; pero en las cuales pudo conocer el emperador de Austria la notable ener-

gía de que estaba dotada la noble esposa de su hermano.

1864.

Marzo.

Como el archiduque Maximiliano habia encargado á D. José María Gutierrez de Estrada, asi como á Don Joaquin Velazquez de Leon y Don José Hidalgo que guardasen la mayor reserva sobre todo aquel asunto, los miembros de la diputacion mejicana ignoraban lo que pasaba. No sucedia sin embargo igual cosa con Don Francisco de Paula de Arrangoiz, aunque se guardó con él la misma reserva. Comprendiendo lo que sucedia por algunas cosas que le habia indicado en Viena un alto personaje que no queria bien á Maximiliano, el señor Arrangoiz se expresó en términos duros contra las condiciones que ponía para aceptar su renuncia á los derechos eventuales al trono de Austria, cuando los mejicanos consideraban aquella como una condicion *sine qua non*, y asi se lo habia manifestado el mismo Maximiliano en Viena el mes de Enero, diciéndole que estaba listo para cuando se presentase la diputacion. Don Francisco de Paula de Arrangoiz, al expresarse con sus compatriotas de la manera que dejo referida, dijo que iba á publicar inmediatamente en Trieste, por medio de la prensa, todo lo que habia sucedido y estaba pasando, para que el público no ignorase nada de lo que sucedia respecto de aquel asunto. El archiduque Maximiliano que habia llegado á saber por Don José María Gutierrez de Estrada lo que habia dicho el señor Arrangoiz, envió á este y á Don José Hidalgo un telégrama, muy temprano, diciéndoles que les esperaba á almorzar. Terminado el almuerzo, Maximiliano les llevó á su despacho, y echando sobre un buró un ejemplar de la renuncia, dijo dirigiéndose á

Don Francisco de Paula de Arrangoiz: «¿Firmaria V. un documento semejante?». El interrogado lo leyó, y encontró en él frases poco decorosas que, con efecto, no podían firmarse. (1)

No era, pues, posible que el futuro emperador de Méjico suscribiese un documento que mancillase su dignidad.

Era preciso que el asunto tuviese un arreglo decoroso. Todos esperaban que así sucediera.

Dando los pasos para ello terminó el mes de Marzo, dejando traslucir la próxima aceptación del trono de Méjico por parte del archiduque Maximiliano.

(1) Así lo refiere el mismo señor Arrangoiz en su obra varias veces mencionada por mí.

CAPITULO II.

Algunas dificultades que se presentaron en las negociaciones entre Maximiliano y su hermano Francisco José para la renuncia de aquel á los derechos eventuales al trono de Austria.—Renuncia Maximiliano á sus derechos al trono de Austria.—Acepta Maximiliano la corona de Méjico.—Apuntes biográficos dando á conocer á Maximiliano y á su esposa Carlota.—Decretos expedidos por Maximiliano en Miramar en el mismo día que aceptó el trono.—Escribe Maximiliano una carta al general Márquez, satisfactoria para éste.—Convencion con Francia y sus artículos adicionales.—Algunas observaciones sobre el primero de los últimos.—Envía Maximiliano de ministro plenipotenciario á Roma, á Don Ignacio Aguilar y Marocho.—Se embarca Maximiliano con su esposa y los individuos que formaban su séquito, para Méjico.—Marchan primero á Roma á visitar al Santo Padre.—Atenciones con que despues de haber salido de Roma se le recibió en Gibraltar por las autoridades inglesas.—Varios hechos de armas en Méjico.—Ovaciones que recibe el general Márquez por los habitantes de Puruándiro y Pátzcuaro al hacer una expedicion por ese rumbo.—Se presentan reconociendo el imperio varios jefes juaristas.—Considera el general Bazaine como terminada la cuestion de las armas.—Un discurso de Bazaine en la instalacion de la Comision científica artística y literaria de Méjico.

1864.

Abril.

1864. Las negociaciones para el arreglo de la renuncia de los derechos eventuales del archiduque Maximiliano al trono de Austria continuaban sin